

ambos para abrirse a una pregunta! “¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?”». Después del mes que ha pasado asistiendo a los pacientes afectados de Covid, anota en su diario: «En este tiempo, mi razón y mi afecto se han visto desafiados por un problema de conocimiento: ¿qué es el dolor? ¿Qué es la muerte? Y como consecuencia, ¿qué es la vida? Todos los días tengo que mirar a la cara estas preguntas, estando delante de enfermos que sufren y mueren»¹⁸.

Quien no se haya encerrado en sí mismo en estos tiempos habrá sentido vibrar cuerdas íntimas que quizá ni siquiera sabía que tenía. Quizá alguien las haya hecho callar, en un intento de volver a la normalidad. Pero el impacto lo habrá advertido de todos modos, aunque sea por un instante. Como una semilla minúscula, que es una minucia, habrá experimentado –como observaba antes–, el inicio de un despertar de lo humano. «Como consecuencia de las dificultades que no se me han ahorrado, este 2020 ha coincidido para mí con un inesperado despertar de mi yo». ¡Quién sabe cuántos lo habrán reconocido y cuánto tiempo hará falta para que esta semilla consiga germinar!

Entiendo que esto pueda parecer demasiado poco frente a la vastedad del drama, pero es como una promesa: la vibración que se produce en lo más íntimo de nuestra persona es, de hecho, signo de una espera que tiene raíces profundas en nosotros, que coincide con nosotros: la espera de algo que esté a la altura de la vida y de la muerte, la expectativa de un imprevisto que haga brotar un caudal de afecto por nosotros mismos y que permita que nuestro deseo se despierte nuevamente y se cumpla. Esta vibración de nuestra razón, la exigencia de sentido que hemos percibido con evidencia en algún momento, nos sitúa en las condiciones más favorables para captar la respuesta ahí donde se produzca, si se produce. Giussani repetía con frecuencia, a propósito de esto, una frase de Reinhold Niebhr: «No hay nada tan poco creíble como la respuesta a una pregunta que no se plantea»¹⁹. ¿Qué significa esto? Quizá hoy podamos comprenderlo mejor por la experiencia del último año: cuanto más advierto un problema, cuanto más urge dentro de mí una necesidad, tanto más atento estoy a cualquier eco de respuesta, cualquier guiño suyo suscita mi curiosidad²⁰.

Aun con toda su urgencia, aun siendo inevitable, la pregunta acerca del sentido de la existencia constituye –conviene no olvidarlo– una invitación que siempre puede ser rechazada. El rechazo conduce a menoscabar la conciencia de esta pregunta, hasta llegar a su ocultamiento. «La pregunta se impone, pero no la atención a la pregunta. Por eso más de uno la define como ociosa [...]. Entonces el interrogante acerca del sentido de la existencia se minimiza y termina por desaparecer. Como decía Gide, se llega a “dejar-de-sentir-la-necesidad”»²¹. Quien no escapa al interrogante experimenta en cambio su alcance cognoscitivo, su capacidad para despertar de nuevo. «En este año “inédito” se ha producido una revolución para mí: ya no tengo necesidad de cerrar la partida a toda prisa, ofreciéndome a mí misma respuestas perfectas e irrefutables. En realidad, necesito exactamente lo contrario: mantener viva la pregunta, aceptar su dramaticidad, porque en esta pobreza que no posee nada y no se apoya en esquemas, rituales o seguridades adquiridas, vivo la gran posibilidad de darme cuenta de lo que hay».

3. El criterio de juicio

Tomarse en serio la exigencia humana significa tener en nuestras manos el criterio para juzgar todo lo que se nos pone a tiro, todas las posiciones –nuestras y de los demás–, desenmascarando los

¹⁸ I. Carbajosa, *Testigo de excepción*, Encuentro, Madrid 2020, pp. 14, 66, 96-97.

¹⁹ R. Niebhr, *Il destino e la storia. Antologia degli scritti*, a cargo de E. Buzzi, Rizzoli, Milán 1999, p. 66.

²⁰ Observa Luigi Maria Epicoco: «El objetivo del momento no es sobrevivir al contagio, sino sobre todo comprender que, incluso a través de esta experiencia, no podemos posponer por más tiempo la gran exigencia de que la vida tenga un significado que esta pandemia está trayendo a escena de forma enérgica» (L.M. Epicoco en diálogo con S. Gaeta, *La speranza non è morta. Parole di fede in tempo di crisi*, San Paolo, Cinisello Balsamo-Mi 2020, p. 40).

²¹ F. Varillon, *L'umiltà di Dio*, Qiqajon - Comunità di Bose, Magnano (Bi) 1999, p. 30.

engaños, las ilusiones, y reconociendo aquello que vale. Las preguntas últimas que nos constituyen, las «emociones inteligentes y dramáticas»²² que se afirman en el fondo de nuestro yo representan el factor con el que comparamos cualquier propuesta, cualquier perspectiva, cualquier encuentro.

Escribe Ungaretti en una poesía: «Mi corazón / hoy / no es sino / un latido de nostalgia»²³. Es lo mismo que refleja Ety Hillesum: «Siempre tenía ese sentimiento de deseo que nunca pude satisfacer, la nostalgia de algo que me parecía inalcanzable»²⁴. Tenemos dentro de nosotros una misteriosa e inextinguible nostalgia, como un fondo invisible, incognoscible, con el cual confrontamos toda la vida y todas las relaciones. San Agustín lo llamaba inquietud: «Nos hiciste para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti»²⁵. Esta inquietud se convierte en el criterio de juicio para interceptar aquello para lo que nuestro corazón está hecho. No puede equivocarse, porque puede comprobarlo cuando experimenta un descanso. Puede reconocer lo que responde a su inquietud, a su espera, por el descanso que experimenta cuando lo encuentra, un descanso que custodia y exalta la espera²⁶.

Independientemente de dónde haya nacido, de la cultura que lo haya acogido, todo hombre viene al mundo con una exigencia de sentido, de destino, de absoluto, que en un momento dado ve surgir en sí mismo y con el que, lo quiera o no, se ve obligado a medirse, tenga la posición que tenga. Esta exigencia puede haber sido sepultada bajo los escombros de la distracción, pero ciertos acontecimientos como la pandemia perforan las incrustaciones, sacuden del sopor y la hacen aflorar, impidiendo que nos conformemos con una respuesta cualquiera. Cuanto más se agudiza la exigencia – movidos por lo que sucede –, más salta a la vista qué es capaz de hacer frente a ella, de corresponder a ella.

Tratemos ahora de considerar las distintas posiciones que hemos visto alternarse o entrelazarse frente al desafío en que estamos inmersos –en las que podemos habernos reconocido completa o parcialmente–, para valorar su resistencia.

a) «*Todo va a salir bien*»

Recordemos el eslogan más repetido del primer confinamiento: «Todo va a salir bien». Todos sorprendemos dentro de nosotros una especie de esperanza natural con la que afrontamos la vida. La hemos visto surgir nada más empezar la crisis sanitaria. Mientras los médicos se prodigaban con generosidad poniendo en riesgo su vida, muchas personas salían a los balcones para manifestar su confianza. Hemos escuchado con frecuencia estas palabras: «Todo va a salir bien». ¿Ha resistido esta esperanza –este optimismo– frente a la duración y la aspereza del desafío? La segunda ola la ha puesto contra las cuerdas, mostrando lo frágil que es, lo incapaz que es de resistir ante el tsunami que nos ha arrollado²⁷.

Lo mismo sucede frente a las diversas contradicciones que acompañan la existencia. Leopardi lo expresó magistralmente: «Más si un disorde acento / hiere el oído, en nada / tórnase el paraíso en un

²² L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, p. 72.

²³ G. Ungaretti, «Oggi» en Id., *Poesie e prose liriche. 1915-1920*, Mondadori, Milán 1989, p. 40.

²⁴ E. Hillesum, *Diario. Una vida conmocionada*, Anthropos, Barcelona 2016, p. 12.

²⁵ «*Fecisti nos ad te [Domine] et irrequietum est cor nostrum, donec requiescat in te*» (San Agustín, *Las confesiones*, I,1,1).

²⁶ Esta «quietud», escribe Guardini, «es algo mucho más grande que el simple está sin hacer nada: es una plenitud en sí misma» (R. Guardini, *Lettere sull'autoformazione*, Morcelliana, Brescia 1994, p. 136).

²⁷ Observa Jean Daniélou: «La esperanza no es el optimismo. El optimismo es esa actitud fácil en virtud de la cual pensamos que las cosas acabarán siempre arreglándose por sí mismas. En una forma más reflexionada, el optimismo considera al mal como simple desorden que se eliminará por sí mismo, o incluso como una crisis de crecimiento. Al anular de este modo lo trágico del mal, el optimismo es el peor enemigo de la esperanza» (J. Daniélou, *Saggio sul mistero della storia*, Morcelliana, Brescia 2012, p. 370).

momento»²⁸. Es suficiente con una minucia, con un disorde acento, para poner en peligro el paraíso que nos hemos construido. Imaginémoslo lo que puede suceder cuando en su lugar está el Covid, con todas las consecuencias que conocemos bien.

El impacto con una circunstancia contradictoria, con la dureza de la realidad, pone a prueba la consistencia de nuestra esperanza. Me escribe una universitaria: «Yo siempre he estado segura de la presencia de una esperanza y de la grandeza de la circunstancia que estamos viviendo; todo eso me resultó claro en el primer confinamiento y sobre todo este verano, cuando tuve que recuperar las prácticas. Y sin embargo, los últimos días ha crecido en mi corazón un gran peso. Lo que domina el día ya no es esa esperanza, sino la dificultad, abandonada a mil pensamientos y tentaciones cotidianas. ¿Cómo es posible?».

b) *La solidaridad*

Cuando un evento es «un asunto de todos», como cuenta Camus en *La peste*, cada uno trata de afrontarlo como puede; y tarde o temprano caen, una tras otra, las ilusiones con las que uno trata de escapar de él. La crueldad de ciertos acontecimientos nos sacude de tal modo que hace vacilar incluso las certezas más consistentes, como las del padre Paneloux en la novela de Camus que, ante la muerte de un inocente, ve desmoronarse la idea de una justicia retributiva. «Entonces, ¿qué podemos hacer? Aquí es donde las palabras del padre [Paneloux] iluminan», escribe Recalcati, «el presupuesto de cualquier experiencia humana del cuidado. Él cuenta que durante la gran peste de Marsella, de los ochenta y un religiosos presentes en el convento de la Merced solo cuatro sobrevivieron a la peste. Y de esos cuatro, tres huyeron para salvar su vida. Pero al menos uno fue capaz de permanecer. Esta es la última palabra que el padre confía a sus fieles: estar entre aquellos que saben permanecer. Saber permanecer es, en efecto, el primer nombre de cualquier práctica de cuidado. Significa responder a la llamada de quien ha caído. En términos bíblicos es lo que ilumina la palabra “¡Aquí estoy!”, que vuelve humano el cuidado sin abandonar a nadie a la violencia inaceptable del mal. No dando sentido al mal, sino permaneciendo junto a quien se ve afectado por él»²⁹.

Como ha dicho el papa Francisco, el Covid nos ha vuelto más conscientes de que todos vamos en la misma barca, y esto ha animado a muchos a remangarse para echar una mano, dentro de los límites de sus posibilidades. Nadie puede negar el valor sin par de este compromiso, pero al mismo tiempo nadie puede afirmar que la ayuda prestada, tenga éxito o no, sea suficiente para hacer frente a la exigencia que surge de las circunstancias más extremas. Nosotros no tenemos solo necesidad de asistencia y cuidados médicos, sino también de algo que permita mirar el sufrimiento y la muerte sin caer ante ellos. Aquí se pone de manifiesto el límite de toda iniciativa, si bien indispensable, de solidaridad, de proximidad y de cuidado. La naturaleza de la necesidad que la situación ha hecho aflorar en los que se han dejado herir por lo que estaba sucediendo es más profunda que la respuesta solidaria³⁰.

²⁸ G. Leopardi, «Sobre el retrato de una bella mujer», vv. 47-49, en Id., *Poesía y prosa*, Alfaguara, Madrid 1990, p. 229.

²⁹ M. Recalcati, «Ed io avrò cura di te», *la Repubblica*, 15 de octubre de 2020, p. 27.

³⁰ Lo mismo sucede cuando nos disponemos a responder a las necesidades del otro: «Descubrimos, precisamente porque les queremos, que *no somos nosotros quienes les hacemos felices*; y que ni siquiera la sociedad más perfecta, el organismo más sólido legalmente, el planteamiento más inteligente, la riqueza más ingente, la salud más férrea, la belleza más pura y la civilización más "educada" podrá jamás hacerles felices» (L. Giussani, *El sentido de la caritativa*, Asociación Cultural Huellas, Madrid 2018, p. 10).

c) *La vacuna como panacea*

¡Bienvenida sea la vacuna! ¿Cómo no alegrarse por ello, después de haber visto tanto sufrimiento, miedo, confusión y muerte? Sin embargo, no podemos ignorar lo que escribe Susanna Tamaro en una «Carta al Niño Jesús», publicada en el *Corriere della Sera* el pasado 22 de diciembre: «Perdónanos por estar convencidos de que la vacuna será la salvación, porque sí, la vacuna será una ayuda maravillosa e indispensable –como maravillosa e indispensable es la ciencia que se pone al servicio del hombre–, pero no será capaz de disolver la niebla de nuestra infelicidad. Para hacer eso necesitaríamos una nueva mirada y un corazón purificado que dialogue con esa mirada»³¹. Estas palabras dejan al desnudo un interrogante que no se puede evitar: ¿es suficiente la vacuna para responder a la exigencia que ha despertado la pandemia? ¿Es acaso erradicar la enfermedad lo único que necesitamos?

¿Y cuando la enfermedad no tiene remedio? Escribe la madre de un niño con un síndrome muy grave: «En este período especialmente difícil hemos tenido a nuestro hijo ingresado en reanimación, sedado e intubado. En momentos como este, me agarro a cualquier cosa que me haga recordar que soy mirada y amada: llamo y escribo mensajes a los amigos, leo y releo algunas cosas, buscando fuerza. En la planta de pediatría en la que estamos, la red de internet y el teléfono funcionan fatal, y el Covid no me permite ver a nadie. Y entonces desaparece aquello a lo que habitualmente me agarro de forma más inmediata. Recuerdo haber leído una frase, una de las muchas escritas en los periódicos: “Este año que ha pasado es para olvidar, miremos adelante, llega la esperanza de la vacuna”. ¿Cómo se puede pensar que toda la esperanza está en la vacuna? Pienso en mi hijo: ¿acaso es tener salud lo que nos da esperanza? Entonces él estaría acabado, y en cambio es justamente él quien me testimonia muchas veces una esperanza inmensamente mayor. Mirarlo a él y mirar su cuerpo me remite al deseo de bien que tiene cada uno de nosotros, al deseo de ser felices y amados a pesar de que somos defectuosos. Nuestros defectos son el drama que nos hace preguntarnos: nos permiten pedir y desear más».

¿Cómo responder a la vorágine que ha sacado a la luz –pero que no ha creado– la emergencia sanitaria? Y, antes aún, ¿de qué vorágine se trata? Es la vorágine de las exigencias humanas, de la sed de vida que sorprendemos en nosotros. Y también la vorágine del miedo, que es cada vez más continuo, de la muerte y del dolor, la angustia ante la posibilidad de perder la vida o de que la vida, en definitiva, no se cumpla. ¿Bastan las «respuestas» que hemos apuntado para colmar semejante vorágine?

4. La huida de uno mismo

Me escribe una joven médica: «Al principio, mi planteamiento ante el día a día era esperar que las cosas fuesen más o menos como yo había pensado. Soy médica, en noviembre de 2019 terminé la especialidad y en enero me trasladé a otra ciudad para empezar un trabajo nuevo. Estaba llena de expectativas, con el deseo de realizar por fin, después de todos los años de formación, mi vocación de médica. En marzo del año pasado se produjo el primer confinamiento. La dirección sanitaria estaba desbordada, mi contrato perdió toda prioridad y no pude seguir trabajando en el hospital. Ni siquiera podía ir para echar una mano. Un médico inútil. ¡En plena pandemia! Y mientras, veía por televisión el llamamiento a los médicos. Mandé por lo menos diez currículum respondiendo a anuncios cerca y lejos de casa, pero no tenía los requisitos necesarios. Un médico inútil. Puedes imaginar mi rabia y mi frustración. Siempre he compartido lo que se decía sobre el valor del imprevisto. Pero la verdad es que, para mis adentros, pensaba que el imprevisto tenía que entrar

³¹ S. Tamaro, «Sotto l'albero vorrei ritrovare l'innocenza», *Corriere della Sera*, 22 diciembre 2020, p. 29.

dentro de los límites de lo que tenía en la cabeza. Empecé a sentirme abandonada, descartada y dejada de lado. Me decía: “¿Dónde está tu Dios? Si existe, me ha olvidado. Probablemente no exista”. Todavía tengo grabada la dificultad de esos meses. Pero me gustaría no desaprovechar esta “crisis Covid”. No me gustaría perder la ocasión para ir al fondo de la duda sobre la existencia de Dios o, por el contrario, de la posibilidad de que Dios exista y de que mi vida le importe de verdad. ¿Es posible afirmar con la certeza de la experiencia que “hasta los cabellos de nuestra cabeza están contados”? ¿Es posible estar tan seguros de esto como para dar razón de ello incluso a quien no cree, o simplemente a mí misma cuando dudo?».

Si no queremos «desaprovechar» la crisis que estamos atravesando, como decía el papa Francisco, no podemos perder la ocasión de dejarnos provocar por las preguntas que urgen dentro de nosotros. No desaprovechar la crisis es tratar de responder a la duda que muchas veces penetra hasta nuestro corazón. Si no la encaramos de frente y no encontramos una respuesta que esté a la altura de la pregunta, nos veremos obligados a huir de nosotros mismos por la imposibilidad de estar en pie ante el drama.

Huir de uno mismo es el camino más común, mientras uno se lo pueda permitir: mantenerse lejos de la vorágine del corazón, de exigencias «imposibles» de satisfacer, que no se pueden domesticar y que inquietan.

Si miedo y solidaridad han dominado de algún modo a lo largo de la primera ola, en la segunda, como hemos dicho, ha dominado una incertidumbre ante el futuro, una conciencia más aguda de la necesidad de sentido y de la dificultad de mantenerse ante ella. Esto es lo que motiva la huida. Huimos porque no podemos soportar una vida que grita la exigencia de un significado. Entonces tratamos de ir lo más lejos posible de nosotros mismos, «como si nos considerásemos menos importantes que todo lo demás»³². El precio que se paga es una vida diezmada, minusvalorada. Como escribía recientemente Alessandro Baricco: «Y de esta otra muerte, ¿cuándo hablamos? La muerte progresiva, que no se ve. No hay decreto que se ocupe de ella, no hay gráficas diarias, oficialmente no existe. Pero todos los días, desde hace un año, está ahí, en toda la vida que no vivimos»³³.

Al escapar de nosotros mismos no hacemos sino agravar la situación, porque entonces ya nada es nuestro, todo se vuelve extraño. Lo describía Giussani con rasgos inolvidables: «El mayor obstáculo para el camino del hombre es el “descuido” del yo. En lo contrario de este “descuido”, es decir, en el interés por el propio yo, consiste el primer paso para caminar de un modo verdaderamente humano». Y continúa: «Parece obvio que se tenga este interés, pero de ningún modo es así: basta considerar los grandes vacíos que se abren en el tejido cotidiano de nuestra conciencia y la dispersión que sufre nuestra memoria». Si parecen palabras escritas hoy para nosotros –aunque se remonten a 1995– es porque la pandemia ha hecho aflorar la dinámica de una experiencia que la precede y la sigue. Las palabras de Giussani nos hacen conscientes de una posibilidad permanente del alma humana, de una tentación que nos acompaña a lo largo de nuestra vida: el olvido de sí. «Sobre la palabra “yo” existe hoy una gran confusión, y sin embargo [...] si descuido mi yo, es imposible que sean más las relaciones con la vida, que la vida misma (el cielo, la mujer, el amigo, la música) sea mía. Para poder decir “mío” con seriedad hay que percibir límpidamente lo que constituye nuestro propio yo. No hay nada tan fascinante como el descubrimiento de las dimensiones reales que tiene nuestro yo; nada está tan repleto de sorpresas como el descubrimiento de nuestro rostro humano»³⁴.

³² Escribe Cabasilas: «Hacemos lo que es habitual, lo que nos parece adecuado, todo eso nos importa mucho. Solo aquellas cosas que son realmente nuestras las consideramos menos que las demás, sin reflexionar sobre la manera de custodiarlas y asegurar por su medio nuestro derecho, ...como si nos considerásemos menos importantes que todo lo demás. Al menos, convirtámonos por esa novedad que ha alterado y transformado todas las cosas» (N. Cabasilas, *La vita in Cristo*, Città Nuova 2005, p. 29; en español: N. Cabasilas, *La vida en Cristo*, Rialp, Madrid 1999).

³³ A. Baricco, «Mai più, prima puntata», www.ilpost.it, 8 marzo 2021.

³⁴ L. Giussani, *El rostro del hombre*, Encuentro, Madrid 1996, pp. 7-8.

En la generalización de esta confusión se da también un influjo externo a nuestra persona. El debilitamiento del sentido del yo se muestra como un síntoma de la dirección que persigue nuestra cultura y del punto muerto en que esta se haya. «Una civilización evoluciona en la medida en que favorece que salga a la superficie y quede claro el valor de cada yo individual». Es el resultado paradójico de una parábola, la de la modernidad, en la que el yo ha pretendido ponerse en el centro, como señor de sí mismo y de las cosas, y la razón se ha erigido en medida de la realidad. Dios, el Misterio, al que remite en última instancia la realidad de modo irreductible, ha sido suprimido de la concepción de la vida y del mundo. Esto no ha conducido a una relación más estrecha y directa con la realidad, sino, por el contrario, a una huida de ella, de su significado, y a la reducción de la existencia humana a un mero dato de hecho. «Con la confusión que hay acerca del rostro último de nuestro yo y de la realidad, está madurando actualmente un intento extremo de proseguir en esta huida de la relación que tenemos con el Misterio infinito, y que cualquier hombre razonable ve en el horizonte y en la raíz de todas sus experiencias humanas: es menester negar toda consistencia última al vivir. Puesto que la realidad parece escapar al pretendido dominio del hombre, el extremo recurso del orgullo es negarle cualquier consistencia, considerar arbitrariamente todo como si fuera una ilusión o un juego. Podemos llamar nihilismo a lo que hoy reina en el modo de pensar y de mirar»³⁵.

Es una huida que, en un modo completamente distinto, la Biblia describe en el primer capítulo del libro del profeta Jonás. Sabemos cómo se desarrolla la historia. En el capítulo se repite dos veces la frase: «Jonás iba huyendo del Señor»³⁶. Pero esta huida de Dios, dice Giussani, coincide con «huir de nuestra responsabilidad, es decir, huir de la vida que es “una”, de la unidad con todas las cosas, huir de la plenitud, huir del significado y de la plenitud». Por ello, aunque estuviésemos «dedicados con decisión a un movimiento católico» –lo dice en 1963 a un grupo de responsables de entonces– y diésemos a él todo nuestro tiempo libre, huir de la relación con el Misterio «es un vacío que nosotros permitimos que se produzca cada día»³⁷, es una huida de uno mismo que puede asumir distintas formas.

a) *El activismo*

Podemos evitar el grito que surge de las entrañas de nuestra humanidad lanzándonos frenéticamente a la acción, implicándonos hasta el punto de no tener tiempo para pensar nuestras verdaderas exigencias. La actividad se convierte en una especie de droga. Hemos podido ver hasta qué punto el activismo invade nuestra vida cuando los confinamientos nos han obligado a parar; encerrados en casa, nos hemos visto de repente obligados a echar cuentas con nosotros mismos. ¡Y cuántos de nosotros se han descubierto vacíos, desorientados, insoportables a sus propios ojos! El activismo consiste en obrar sin una razón adecuada, y por ello no abre, no contribuye a la maduración. De este modo, cuando se viven determinados momentos de pausa obligada, uno se encuentra lleno de inseguridad y siente su propio peso como si se tratase de una montaña que lleva a las espaldas. Como me escribe una joven mujer: «En estos meses tan difíciles y áridos, me he dado cuenta de que no soy capaz de afrontar ciertas preguntas y de que, cuando emergen –sucede muy a menudo–, trato de enterrarlas con mi lista de quehaceres porque no tengo respuesta, y eso me destruye. Cuando los amigos preguntan qué tal estoy, nunca sé qué responder. Tengo dos hijos estupendos y sanos, todos estamos bien, económicamente no nos hemos resentido por la pandemia, no tengo nada de lo que quejarme, pero siento siempre un fuerte vacío y una gran soledad, estoy siempre enfadada y en todo veo el lado negativo. Con los amigos casi nunca me siento libre, porque tengo miedo de que, al sacar

³⁵ *Ibidem*, pp. 9, 12-13.

³⁶ Jon 1,10.

³⁷ Fraternidad de Comunión y Liberación, *Documentación audiovisual*, Ejercicios de los responsables de GS, Varigotti (SV), 6-9 diciembre 1963.

mi vacío, se cree un silencio incómodo, sin escapatoria, del que solo se puede salir con un rápido cambio de tema».

El activismo del que hablo puede tener muchos objetos o ámbitos: normalmente es el trabajo, pero puede ser un partido, una asociación cultural, una ONG o –como decía Giussani–, un «movimiento católico». Nosotros somos los primeros que participamos de esta actitud: podemos descargar en un quehacer la falta de un compromiso serio con nuestra humanidad. Incluso «hacer las cosas del movimiento» puede representar un modo de huir de nosotros mismos.

En muchas ocasiones Giussani nos ha puesto en guardia con respecto a esta actitud, advirtiéndonos de lo que se esconde en su raíz. En el activismo, lo que constituye el significado efectivo de la vida, el verdadero objetivo de nuestra estima, son las cosas que hacemos; no es Dios, no es Cristo, no es la relación con el Misterio hecho carne. «En lo concreto, estimamos otra cosa más que a Cristo». Estamos vinculados al movimiento no por el Misterio que lleva, sino por las cosas que hacemos. Y «esto no madura nuestra experiencia existencial»³⁸. No penséis que es exagerado decir estas cosas. Cuando lo que nos une son las cosas que hacemos, antes o después nuestro estar juntos dejará de interesarnos. «Dejé el movimiento hace treinta años, al terminar la universidad. Mi vida estaba llena de actividades y relaciones, pero es como si hubiese perdido el sentido de todo, lo daba por descontado, y entonces la vida era árida».

b) *La distracción, para llenar de bullicio el vacío*

Cuando se vuelve casi inevitable tomar conciencia de nuestra fragilidad, como ha sucedido en este periodo de provocación y de prueba, cuando palpamos nuestra contingencia, nuestro ser efímero, recurrimos fácilmente al arma de la distracción. Dado que se abren camino en nosotros preguntas que nos cuestionan, nos inquietan y a las que no sabemos responder, llenamos con el bullicio el vacío de respuesta. En el tiempo libre vamos detrás de estímulos y noticias, vagamos de aquí para allá en internet, en las redes sociales, nos procuramos intereses siempre nuevos, pasamos rápidamente de una cosa a otra sin profundizar en nada. Nuestro objetivo, confeso o inconfeso, es eludir la cuestión del destino, la exigencia que sentimos, tratar de no echar cuentas con nosotros mismos³⁹. Es un arma ineficaz, lo sabemos, al final no se sostiene, pero nos conformamos con la tregua que, al menos durante un cierto tiempo, nos asegura.

Distracción e incapacidad para reflexionar pueden caracterizar muchas veces nuestro día a día, y también largos periodos de nuestra vida. Representan, en cierto sentido, la otra cara del cinismo: cuando la distracción no funciona, viene detrás el cinismo, que es otro modo de cerrar la puerta a la exigencia prefiriendo acusar a todo de inconsistencia y navegar «a orillas del sentimiento de la nada»⁴⁰.

«Nunca hubiera creído», confiesa Bernanos, «que lo que se nombra con la palabra tan banal de distracción pudiera tener ese carácter de disociación, de atomización»⁴¹. Nuestra persona se hunde en la alienación y termina haciendo las cosas mecánicamente. Estamos cada vez menos presentes ante nosotros mismos; distraídos significa arrancados de la sustancia de la vida.

³⁸ L. Giussani, *La conveniencia humana de la fe*, Encuentro, Madrid 2019, pp. 88, 90-91.

³⁹ La distracción, señala Guardini, es «un estado en que el hombre carece de la unidad de un centro espiritual, de modo que sus pensamientos discurren de un objeto a otro, sus sentimientos permanecen imprecisos y su voluntad no es dueña de la situación» (R. Guardini, *Introduzione alla preghiera*, Morcelliana, Brescia 1973, p. 23; *Introducción a la vida de oración*, Madrid, Palabra 2001)

⁴⁰ L. Giussani, *La familiaridad con Cristo*, Encuentro, Madrid 2014, p. 135.

⁴¹ G. Bernanos, *Diario de un cura rural*, Encuentro, Madrid 2009, p. 248.

c) *La vuelta a la normalidad, para pasar página*

«¿Qué nos espera? ¿Está ya decidido el juego? ¿Podemos volver a la vida de antes o se ha terminado esta para siempre?»⁴², se preguntaba Orwell en 1939. La pregunta no ha perdido su garra. ¡Pasar página lo antes posible, dejar atrás todo lo que ha pasado, olvidar! Este es el imperativo que parece circular por todas partes: hacer como si no hubiese pasado nada, como si las preguntas no se hubiesen despertado, como si no se hubiesen producido las muertes y la confusión hubiese sido un contratiempo que se puede eliminar haciendo borrón y cuenta nueva. Es una tentación que está siempre al acecho, como escribía Vasili Grossman al final de su vida. «Que todo vuelva a ser como era antes de aquel cambio insoportable, que todo vuelva a ser habitual, conocido, que no quede rastro de esa novedad que te rompe los huesos y se te mete en la sangre»⁴³. De una actitud como esta nunca podrá brotar un provecho para nuestra experiencia, sino todo lo contrario.

⁴² G. Orwell, *Una boccata d'aria*, Mondadori 1980, p. 284 (*Subir a por aire*, Destino 2006)

⁴³ V. Grossman, *Il bene sia con voi*, Adelphi 2011, p. 212; la traducción es nuestra (*Que el bien os acompañe*, Barcelona, Galaxia Gutenberg 2019)

CAPÍTULO 2

SOMOS ESPERA

Activismo, distracción, imperativo de volver a la normalidad –entendámonos, no estamos hablando de la comprensible aspiración a superar las dificultades y a volver a una situación sanitaria y económica más sostenible, sino del afán por olvidar, por hacer callar las preguntas humanas– son modos de huir de uno mismo y de la realidad. Para la mayoría de las personas representan una actitud habitual, que permite no echar cuentas con esa profundidad de nuestro propio yo que podemos resumir en la palabra que ya hemos usado: «espera»; una espera de vida, de significado, de plenitud, de cumplimiento. Sin embargo, hay circunstancias como la pandemia, con todas sus consecuencias, que nos arrancan de la distracción aunque sea durante unos instantes, nos detienen en nuestra huida y nos vuelven a poner frente a nosotros mismos.

¿Por qué fracasan nuestros intentos de realizarnos a nosotros mismos o de huir de nosotros mismos? Porque «el alma supera al mundo, no se sacia con lo que los ojos ven, con lo que sé. Lloro de nostalgia»¹. Por mucho empeño y obstinación que pongamos, ninguno de nuestros intentos es capaz de proporcionarnos el cumplimiento que, implícita o explícitamente, buscamos cuando nos levantamos por la mañana, cuando emprendemos nuestras actividades u organizamos nuestras «evasiones». Por la insuficiencia estructural de nuestras fuerzas y de las cosas que somos capaces de obtener, no conseguimos encontrar lo que en el fondo esperamos. Por eso afirma con agudeza Simone Weil: «Los bienes más preciados no deben ser buscados, sino esperados. Pues el hombre no puede encontrarlos por sus propias fuerzas, y si se pone en su búsqueda, encontrará en su lugar falsos bienes cuya falsedad no sabrá discernir»².

1. Un dato inextirpable

La espera es, por tanto, lo que permanece siempre cuando nuestros intentos, incluidos los exitosos – casi diría que sobre todo esos– se han demostrado insuficientes para alcanzar la finalidad, es decir, el cumplimiento de uno mismo, la plenitud aquí y ahora, en cada instante, no mañana o en el más allá.

Adam Zagajewski, uno de los grandes poetas contemporáneos, que acaba de fallecer, expresaba con estas palabras la inmensidad de nuestra espera:

«Estos breves instantes
que son tan raros –
¿Se supone que son la vida?
Estos pocos días
cuando vuelve la claridad –
¿Se supone que son la vida?
Los momentos cuando la música
recupera su dignidad –
¿Se supone que son la vida?
Estas raras horas
cuando el amor gana –
¿Se supone que son la vida?»³.

La poesía da voz de forma ejemplar a algo que pertenece a la experiencia de todos. Aunque la cultura en que vivimos trata de suprimir esta espera, de desalentarla o de alterarla, cada intento suyo

¹ P. Van der Meer, *Diario di un convertito*, Paoline, Alba (Cn) 1967, p. 34.

² S. Weil, *A la espera de Dios*, Trotta, Madrid 1993, p. 71.

³ A. Zagajewski, «I brevi istanti», en Id., *Guarire dal silenzio*, Mondadori, Milán 2020, p. 16.

choca con algo que no se puede evitar: nuestra naturaleza de hombres. Lo reconoce Bertold Brecht en una poesía:

«No satisfacer los deseos y hasta
olvidarlos: tal es la sabiduría.
Pero yo no puedo hacer nada de esto:
verdaderamente, vivo en tiempos sombríos»⁴.

Ni siquiera los tiempos oscuros pueden arrancar del corazón el deseo, la espera de algo que corresponda a nuestra sed de vida. «La cultura dominante», que puede tener un cierto interés en promover el vaciamiento del sentido de la vida, favoreciendo el nihilismo existencial, «por mucho que pueda impregnar la mente del individuo y, por tanto, de la masa, tiene un límite frente al cual se ve obligada a detenerse: la naturaleza del hombre, que está definida por el sentido religioso». Tal naturaleza, afirma Giussani, «no solo no podrá ser nunca completamente atrofiada, sino que siempre estará, de forma más o menos sensible, en una posición de espera»⁵.

Esta espera es el dato inextirpable con que cada uno de nosotros tiene que echar cuentas a cada momento, incluso cuando escapa de él. «¿Alguien nos ha prometido nunca nada? Y, entonces, ¿por qué lo esperamos?»⁶. Con estas palabras identificaba Pavese el centro de su yo y del nuestro, algo que nos pertenece a todos nosotros: la espera. Ella pertenece a nuestro tejido original: estamos hechos como «espera de». No solo esperamos, ¡sino que *somos* espera!

Una amiga me escribe: «Me doy cuenta de que mi yo más profundo espera algo que dé esperanza, espera poder decir: “Sí, existe la esperanza”. En algún momento en que me vería inclinada a responder: “En realidad no estoy tan segura”, me doy cuenta de que estoy hecha de la espera de una positividad última en todo lo que vivo, es decir, estoy hecha para la esperanza. Sé que muchas veces, tanto Giussani como tú, nos habéis repetido y mostrado que el hecho de que se dé esta expectativa es signo ya de que existe lo que corresponde a ella. Pero me parece que esto solo sé repetirlo de palabra».

Nadie se queda indiferente cuando se topa con una presencia cargada de una promesa, de un significado que tiene que ver con su humanidad, ni siquiera los que parecen extraños a esa espera, no le dan peso o no se la toman en serio a causa de la distracción o de la censura de su propia humanidad. Hasta estos ven despertarse en ellos la espera, y tienen que confesarse a sí mismos que también ellos esperaban secretamente. Como les ha pasado a esos universitarios que, en el intervalo entre un confinamiento y otro, en un clima de casi total aquiescencia, han recibido de algunos compañeros el manifiesto «La universidad no se cierra mientras vivamos»⁷. Su rostro ha cambiado y ha vuelto a aflorar en ellos la espera.

La espera es un dato. Nos lo recordaba Benedicto XVI: «La espera, el esperar, es una dimensión que atraviesa toda nuestra existencia personal, familiar y social. La espera está presente en mil situaciones, desde las más pequeñas y banales hasta las más importantes, que nos implican totalmente y en lo profundo. Pensemos, entre estas, en la espera de un hijo por parte de dos esposos; en la de un pariente o de un amigo que viene a visitarnos de lejos; pensemos, para un joven, en la espera del resultado de un examen decisivo, o de una entrevista de trabajo; en las relaciones afectivas, en la espera del encuentro con la persona amada, de la respuesta a una carta, o de la aceptación de un perdón... Se podría decir que el hombre está vivo mientras espera, mientras en su corazón está viva la esperanza. Y al hombre se lo reconoce por sus esperas: nuestra “estatura” moral y espiritual se puede medir por lo que esperamos, por aquello en lo que esperamos»⁸.

La espera es tan constitutiva de nuestro yo que ni siquiera las situaciones más terribles, duras o contradictorias son capaces de eliminarla del todo; hay testimonio de ella incluso en circunstancias

⁴ B. Brecht, «A coloro che verranno», vv. 30-33, in Id., *Poesie. II (1934-1956)*, Einaudi, Torino 2005, p. 311.

⁵ L. Giussani, *Un avvenimento di vita, cioè una storia*, a cura di C. Di Martino, EDIT, Roma 1993, p. 41.

⁶ C. Pavese, *El oficio de vivir*, Seix Barral, Barcelona 2012, p. 310.

⁷ <https://espanol.clonline.org/noticias/actualidad/2021/01/21/la-universidad-no-se-cierra-mientras-vivamos>

⁸ Benedicto XVI, *Angelus*, 28 de noviembre de 2010.

en que habría todos los motivos para dejar de esperar. «Aquí el tiempo está siempre ocupado, pero de la mañana a la noche la espera aparece como telón de fondo»⁹, escribía Dietrich Bonhoeffer desde la cárcel berlinesa de Tegel, en la que estuvo preso desde 1943 a 1945 y donde fue ejecutado a causa de su oposición al régimen nazi. No perdía ni un minuto, y como telón de fondo crecía la espera. Aludiendo a un relato de Kafka, el escritor español Gustavo Martín Garzo habla de nuestro corazón que espera como de un animal «que nos pide cosas que, aunque no estemos capacitados para cumplir, se empeña en que hagamos»¹⁰. E Iribarren, en la misma dirección, escribe: «Y cómo puede ser / –me digo, viendo pasar la vida hacia la playa–, que, pese a las devastaciones inclementes / que el tiempo / nos inflige, / no se amortigüe un ápice / siquiera, no nos dé tregua / un segundo, / este incesante / soñar con lo imposible»¹¹.

2. El afecto por uno mismo

Atención, el dato de esta espera, si bien imponente y objetivo, no es la última palabra. Es decir, este dato exige ser reconocido, aceptado, valorado. Por ello desafía nuestra razón y nuestra libertad. He aquí nuestra grandeza como hombres: la espera está en nuestra naturaleza, pero podemos tratar de muchos modos –como hemos dicho– de vivir como si no existiese, distrayéndonos, haciendo como si no existiera. La espera existe, pero no se impone de forma mecánica.

Alguno podría percibir como la enésima desgracia el hecho de que la evidencia de la espera que somos no se imponga de forma mecánica, sino que tenga que ser reconocida por nosotros; y de igual modo, podría considerar el hecho de que, además de no poder satisfacerla con nuestras fuerzas, no podamos quitárnosla de encima. Pero si permanecemos fieles a nuestra experiencia, nos damos cuenta de que no nos conviene arrancarla de las fibras de nuestro ser, y de que es una fortuna que el intento de sofocar la espera sea, en última instancia, imposible de llevar a cabo. Nuevamente, Pavese resulta iluminador: «Esperar también es una ocupación. Lo terrible es no esperar nada»¹². Cada uno puede verificarlo cuando se despierta por las mañanas y no espera nada. En esos momentos podrá confesarse a sí mismo si es mejor despertarse esperando algo o abrir los ojos sin esperar nada del día.

La espera –que nadie puede extirpar totalmente de su corazón– nos sitúa cada mañana ante una alternativa que pone en juego lo que define nuestra grandeza como hombres: la libertad. ¿Cuál es esta alternativa? Tomarse en serio la espera o bien dejarla pasar. La decisión nunca es algo obvio. Somos libres para esto. Me escribe una persona: «Es la primera vez que intento responder a las preguntas que nos planteas antes de los Ejercicios o asambleas, porque es la primera vez que he llegado a tomarme tan en serio a mí misma que percibo que la pregunta “¿Hay esperanza?” es para mí, se dirige precisamente a mí, y que no son solo los “demás” los que tienen que responder. He descubierto que yo soy la protagonista de mi vida».

El drama de nuestra libertad, que entra en escena cada día, está muy bien descrito en el poema «George Gray», de la *Antología de Spoon River*.

«He estudiado muchas veces
el mármol que me han esculpido:
un barco con velas arriadas anclado en puerto.
En verdad no expresa mi destino
sino mi vida.
Pues se me ofreció el amor y temí su desengaño;

⁹ Cfr. D. Bonhoeffer, *Resistencia e resa*, Queriniana, Brescia 2002, p. 146; la traducción es nuestra (*Resistencia y sumisión*, Salamanca, Sígueme 2008)

¹⁰ G.M. Garzo, «Estimado Franz Kafka», *El País*, 25 octubre 2020.

¹¹ K.C. Iribarren, «Verano cruel», en Id., *Seguro que esta historia te suena*, op. cit., pp. 330-331.

¹² C. Pavese, *El oficio de vivir*, op. cit., p. 327.

el dolor llamó a mi puerta, mas tuve miedo;
la ambición me reclamó y me asustó el riesgo.
Anhelaba, sin embargo, darle un sentido a mi vida.
Ahora sé que debemos desplegar las velas
y encarar los vientos del destino
dondequiera que nos lleven.
Puede acabar en locura darle sentido a la vida,
pero la vida sin sentido es tortura
de la inquietud y del vago deseo...
Un barco que anhela el mar y le tiene siempre miedo»¹³.

Somos como un barco que anhela el mar, que no puede dejar de esperarlo, porque ese anhelo es algo constitutivo. Y sin embargo tiene miedo de él. Y aquí es donde da comienzo la lucha: secundar el anhelo del mar, el hambre de una vida llena de significado, o bien retirarse, conformarse, no arriesgar por miedo a los imprevistos.

De esta tentación de retirarnos de nuestra humanidad, de ahorrarnos los imprevistos por miedo, quedándonos en terreno seguro a bordo de «un barco con velas arriadas anclado en puerto» habla Jesús en el Evangelio con la parábola de los talentos.

«Es como un hombre que, al irse de viaje, llamó a sus siervos y los dejó al cargo de sus bienes: a uno le dejó cinco talentos, a otro dos, a otro uno, a cada cual según su capacidad; luego se marchó. El que recibió cinco talentos fue enseguida a negociar con ellos y ganó otros cinco. El que recibió dos hizo lo mismo y ganó otros dos. En cambio, el que recibió uno fue a hacer un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor. Al cabo de mucho tiempo viene el señor de aquellos siervos y se pone a ajustar las cuentas con ellos. Se acercó el que había recibido cinco talentos y le presentó otros cinco, diciendo: “Señor, cinco talentos me dejaste; mira, he ganado otros cinco”. Su señor le dijo: “Bien, siervo bueno y fiel; como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante; entra en el gozo de tu señor”. Se acercó luego el que había recibido dos talentos y dijo: “Señor, dos talentos me dejaste; mira, he ganado otros dos”. Su señor le dijo: “¡Bien, siervo bueno y fiel!, como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante; entra en el gozo de tu señor”. Se acercó también el que había recibido un talento y dijo: “Señor, sabía que eres exigente, que siegas donde no siembras y recoges donde no esparces, tuve miedo y fui a esconder tu talento bajo tierra. Aquí tienes lo tuyo”. El señor le respondió: “Eres un siervo negligente y holgazán. ¿Con que sabías que siego donde no siembro y recojo donde no esparzo? Pues debías haber puesto mi dinero en el banco, para que, al volver yo, pudiera recoger lo mío con los intereses. Quitadle el talento y dáselo al que tiene diez. Porque al que tiene se le dará y le sobraré, pero al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene. Y a ese siervo inútil echadlo fuera, a las tinieblas; allí será el llanto y el rechinar de dientes”»¹⁴.

El señor reprende al siervo que, por temor, no había arriesgado. Solo quien arriesga, dice Jesús, puede ganar la vida. De hecho, la parábola termina así: «Porque al que tiene se le dará y le sobraré, pero al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene». Jesús conocía bien la naturaleza del hombre y la tentación de no arriesgar, de dejar los remos en la barca quedándose cómodamente en puerto. Pero quien no arriesga en la vida, quien no se pone en juego a sí mismo para ganar el significado, se quedará sin nada, estará vacío.

Tomar en serio la propia necesidad, el hambre y la sed de una vida plena, es el primer signo de afecto por uno mismo, que no hay que dar en absoluto por descontado. Las exigencias o las necesidades, de hecho, «las sentimos necesariamente y nos quejamos con un grito de dolor, [...] cuando no son secundadas, pero normalmente no nos las tomamos en serio»¹⁵, no les damos el crédito que reclaman, no seguimos la dirección que indican.

¹³ E. Lee Masters, «George Gray», en Id., *Antología de Spoon River*, Bartelby Editores, Madrid 2012, pp. 88-89.

¹⁴ Mt 25,14-30.

¹⁵ L. Giussani, *Uomini senza patria*, BUR, Milán 2008, p. 295.

¿Qué hace falta para tener ese afecto por uno mismo que permite tomar en serio el anhelo que uno tiene, su propia necesidad? «El afecto por uno mismo exige la pobreza», decía Giussani a los universitarios en 1983. «Por eso decía Cristo: “Bienaventurados los pobres en el espíritu”, o “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia”; porque [el afecto por uno mismo] no es el apego a algo que hemos definido nosotros, sino a algo que nos define; el reconocimiento de algo que nos define sin que nosotros hayamos podido intervenir para determinar la cuestión. De este modo, la exigencia del amor, la exigencia del cumplimiento personal o la exigencia de la compañía es, sin comparación, algo más grande y profundo que hay que escuchar y atender con seriedad, mucho más grande que todo el empeño que ponemos en pretender el objeto que hemos pensado, imaginado o elegido nosotros»¹⁶.

El afecto por uno mismo no tiene nada que ver con el amor propio, sino que nos abre al descubrimiento de nuestras exigencias constitutivas, de nuestras necesidades originales en su desnudez y amplitud. Porque, ¿quién es el pobre de espíritu? «Es alguien que no tiene nada salvo algo por lo que está hecho y que lo constituye, es decir, una aspiración sin fin [...]: una espera sin límite. No es una espera sin límite porque carezca de límite el cúmulo de cosas que se espera; no, [el pobre] no espera nada [nada concreto que, al cabo, lo desilusionaría], sino que vive una apertura sin límite [parece casi una contradicción]. Como dice una poesía de Clemente Rebora: “No espero a nadie...”, y sin embargo [...] tiendo a ello completamente»¹⁷. Esta es la originalidad del hombre: tender por entero hacia algo que no se sabe todavía lo que es, pero que lo aferra a uno de arriba abajo.

El hombre es espera –esta es nuestra naturaleza–, pero espera, ¿de qué? El corazón del hombre es espera del infinito, una espera ilimitada. El pobre es el hombre que coincide con esta espera, que tiende por entero a algo que no conoce, que no mide, pero que lo constituye y lo atrae irresistiblemente.

No es fácil encontrar personas que sepan captar lo humano en su totalidad, sin reducirlo. Recuerdo todavía la impresión que me producía escuchar a Giussani; él miraba lo humano con una capacidad tal de abrazar todo aquello que lo constituye que hacía que me entraran ganas de abrazarme así a mí mismo. Me llenaba de agradecimiento saber que había alguien que abrazaba mi humanidad de forma tan radical. Es una liberación toparse con alguien capaz de una mirada así. «La seriedad en el afecto por uno mismo», escribe de nuevo Giussani, «consiste en la percepción de la propia necesidad ilimitada, pero –insisto– no de la propia necesidad sin límite en cuanto que uno quiere cien mil cosas y después desea la cien mil y uno. No tiene límites justamente porque no antepone ninguna imagen de las cosas que necesita: ¡“Es” necesidad!»¹⁸. ¡Es espera! ¡Quién sabe qué experiencia hay que vivir para llegar a decir estas cosas! Cada uno de nosotros «es» necesidad, una necesidad ilimitada, que se documenta antes y más allá de cualquier posible imagen.

3. «¡Ojalá rasgases el cielo y descendieses!»

Tomarse en serio la espera no hace que disminuya la expectación con respecto a lo que la cumplirá. Esta expectación atraviesa nuestra persona y la historia: tenemos dentro de nosotros una espera irreductible y única de algo que no tiene límites, y no podemos imaginar cómo podrá cumplirse. Es Misterio. La espera se dirige a «algo» que no conocemos, que traspasa cualquier identificación, cualquier medida. Es duro de aceptar, pero en esto consiste la grandeza del hombre.

¹⁶ *Ibidem*, p. 296.

¹⁷ *Ibidem*, pp. 297-298.

¹⁸ *Ibidem*, p. 299.

Desde que lo leí por primera vez en Leopardi, no he vuelto a olvidarlo: «El no poder estar satisfecho de ninguna cosa terrena»¹⁹ es el mayor signo de la grandeza del hombre. Una mirada sobre el hombre como esta es muy poco frecuente. Para muchas personas, el no poder estar satisfechos de ninguna cosa terrena es una desgracia, y harían cualquier cosa para reducir esa espera, para poder conformarse con algo que esté al alcance de la mano. Por el contrario, escribe Miguel de Unamuno, «lo que pasa no me satisface, [...] tengo sed de eternidad, y [...] sin ella todo me es igual. Yo necesito eso, lo ne-ce-si-to. Y sin ello, ni hay alegría de vivir, ni la alegría de vivir quiere decir nada. Es muy cómodo eso de decir: “Hay que vivir, hay que contentarse con la vida”. ¿Y los que no nos contentamos con ella?»²⁰.

Esta insatisfacción remite a algo tan grande que es inimaginable. «La situación presente del hombre es pura espera de un evento que él no puede preparar de ningún modo y cuya aparición es absolutamente imprevisible»²¹. No sabemos qué es ni cómo podrá suceder, pero lo esperamos. Más aún, es lo que, sobre todo, en el fondo de todo, absolutamente esperamos. Ahora al igual que hace dos mil años.

Lo refleja muy bien Ernest Hello, hablando de la época de Jesús: «Durante su espera, el viejo mundo romano había llevado a cabo prodigios de abominación, ambiciones opuestas se habían hecho la guerra, la tierra se había inclinado ante el cetro de César Augusto. La tierra no se había dado cuenta todavía de la importancia de lo que estaba sucediendo en ella. Aturdida por los rumores [...] de guerras y discordias, no se había dado cuenta de algo importante que sucedía: era el silencio de los que esperaban en la profunda solemnidad del deseo. La tierra no sabía nada de todo esto. Si hubiese que empezar otra vez hoy, no lo sabría más que entonces. Lo ignoraría con la misma ignorancia, lo despreciaría con el mismo desprecio si la obligasen a darse cuenta. Era el silencio, digo, lo único verdadero que *se cumplía* en su superficie sin que ella lo supiera. Este silencio era una auténtica acción. No era un silencio negativo, ausencia de palabras; era un silencio positivo, activo más allá de cualquier acción. Mientras Octavio y Antonio se disputaban el imperio del mundo, Simeón y Ana esperaban. ¿Quién actuaba más?»²².

Benedicto XVI ha descrito el misterio de esta espera: «En el tiempo anterior al nacimiento de Jesús, era muy fuerte en Israel la espera del Mesías, es decir, de un Consagrado, descendiente del rey David, que finalmente liberaría al pueblo [de Israel] de toda esclavitud [...] e instauraría el reino de Dios. Pero nadie habría imaginado nunca que el Mesías pudiese nacer de una joven humilde como era María, prometida del justo José. Ni siquiera ella lo habría pensado nunca, pero en su corazón la espera del Salvador era tan grande, su fe y su esperanza eran tan ardientes, que él pudo encontrar en ella una madre digna. Por lo demás, Dios mismo la había preparado, antes de los siglos. Hay una misteriosa correspondencia entre la espera de Dios y la de María, [...] totalmente transparente al designio de amor del Altísimo»²³.

La espera que se daba en Simeón, Ana y María no es solo algo del pasado. No, porque en un silencio como el de entonces, lejos de los focos como entonces, esa espera permanece en lo íntimo de nuestra humanidad, en el silencio de nuestro corazón, en las entrañas de nuestro yo. Y sigue

¹⁹ A continuación el conocido pasaje de Leopardi: «El no poder estar satisfecho de ninguna cosa terrena, ni, por así decirlo, de la tierra entera; el considerar la incalculable amplitud del espacio, el número y la mole maravillosa de los mundos, y encontrar que todo es poco y pequeño para la capacidad del propio ánimo; imaginarse el número de mundos infinitos, y el universo infinito, y sentir que nuestro ánimo y nuestro deseo son aún mayores que el mismo universo, y siempre acusar a las cosas de su insuficiencia y de su nulidad, y padecer necesidades y vacío, y, aun así, aburrimiento, me parece el mayor signo de grandeza y de nobleza que se pueda ver en la naturaleza humana» (G. Leopardi, «Pensamientos», LXVIII, en Id., *Poesía y prosa*, op. cit., pp. 465-466).

²⁰ M. de Unamuno, *Cartas inéditas de Miguel de Unamuno y Pedro Jiménez Ilundain*, a cargo de H. Benítez, Revista de la Universidad de Buenos Aires 3 (9/1949), pp. 135, 150; citado por el padre Raniero Cantalamessa, *Os anunciamos la vida eterna (1Jn 1,2)*, Segunda Predicación de Adviento, 11 diciembre 2020.

²¹ J. Daniélou, *Saggio sul mistero della storia*, op. cit., p. 216.

²² Ernest Hello, *Fisionomie di santi*, Fogola, Turín 1977, p. 59; la traducción es nuestra.

²³ Benedicto XVI, *Ángelus*, 28 noviembre 2010.

ardiendo. Una universitaria escribe: «Mi humanidad está constantemente a la espera de una Presencia que la cumpla». Es lo que afirma también Rilke, gran poeta alemán: «¿No estabas todavía distraído por las expectativas, como si todo te anunciara una amada?»²⁴. La espera que constituye originalmente nuestro corazón es espera de una presencia que responda, que salve –que conserve y cumpla– nuestra humanidad.

Como escribe en su última novela autobiográfica Daniele Mencarelli: «Me gustaría decirle a mi madre lo que necesito de verdad, siempre lo mismo, desde que grité por primera vez al llegar al mundo. No ha sido sencillo expresar lo que quiero desde hace tanto, trataba de explicarlo con conceptos complicados, he pasado estos primeros veinte años de vida estudiando las palabras más adecuadas para describirlo. Y he usado muchas palabras, demasiadas, después he comprendido que tenía que proceder en sentido contrario; así, día tras día, he empezado a sacar una, la menos necesaria, superflua. Poco a poco he recortado, podado, hasta llegar a una sola palabra. Una palabra para decir lo que quiero de verdad, eso que llevo conmigo desde el nacimiento, antes del nacimiento, que me sigue como una sombra, extendida siempre a mi lado. Salvación. Esta palabra no se la digo a nadie más que a mí. Pero he aquí la palabra, y con ella su significado más grande que la muerte. Salvación. Para mí. Para mi madre al otro lado del teléfono. Para todos los hijos y todas las madres. Y los padres. Y todos los hermanos de todos los tiempos pasados y futuros. Mi enfermedad se llama salvación, pero ¿cómo? ¿A quién decírselo?»²⁵.

En el culmen de la conciencia sufriente y apasionada de la existencia explota el grito de nuestra humanidad, como una petición que surge de las profundidades del corazón del hombre de todos los tiempos, una invocación al Misterio insondable: «¡Ojalá rasgases el cielo y descendieses!»²⁶. Esta es la súplica implícita en cada despertar nuestro y en cada gesto de la jornada, incluso de aquellos que no saben quién es este «tú» que, sin embargo, esperan. «¡Ojalá rasgases el cielo y descendieses!» es la petición de la razón y del afecto del hombre interesado en no vivir la vida en vano. Por eso Montale, que tenía a su modo familiaridad con lo humano, escribe: «En esperar hay alegría más cumplida»²⁷.

Puesto que esperamos algo sin saber cómo se hará presente, el problema no es de inteligencia, sino de atención. Es lo que hay que pedir, ha subrayado el papa Francisco citando a san Agustín: «“*Timeo Iesum transeuntem*” (Sermones, 88,14,13), “Tengo miedo de que Jesús pase y no me dé cuenta”. Atraídos por nuestros intereses [...] y distraídos por tantas vanidades, corremos el riesgo de perder lo esencial. Por eso hoy el Señor repite “*a todos: ¡estén vigilantes!*” (Mc 13,37). Vigilen, estén atentos»²⁸.

²⁴ R.M. Rilke, «Primera elegía», vv. 31-32, en *Las elegías del Duino*, Ed. Universitaria, Santiago de Chile 2001, p. 31.

²⁵ D. Mencarelli, *Tutto chiede salvezza*, Mondadori, Milán 2020, pp. 22-23.

²⁶ Is 63,19.

²⁷ E. Montale, «Gloria del disteso mezzogiorno», de *Ossi di seppia*, en Id., *Tutte le poesie*, Mondadori, Milán 1990, p. 39.

²⁸ Francisco, *Homilía en la Santa Misa con los nuevos cardenales*, 29 noviembre 2020.